



QUINTA ÉPOCA.

Grenoble, 2 de Agosto de 1795, por la noche,
oculto en casa de un pobre carpintero.

¿Soy yo? ¿Estoy aquí?... ¡Dios mio, velad por ella! ¡Angeles del Omnipotente, cobijadla bajo vuestras alas! ¿Y he podido dejar á Laurencia bajo la sola custodia de una roca? ¿No tiene nada por que vituperarse mi destrozado corazon?

.....
.....

Pero, Dios mio, ¿podia yo cerrar mis oidos á la

súplica de un moribundo que me llama en su hora postrera? ¿Podía resistir á la voz del pastor, que fué el protector de mi indigencia, que me acogió, siendo aún un niño, entre los santos alumnos, que me distinguió entre todos, no tanto por mis méritos cuanto por el abandono en que me veía, y fué en el santo asilo, mi maestro, mi amigo, mi padre según Dios?

.....

Quando en la tierra tiene hoy por palacio un calabozo, cuando el sagrado carácter episcopal de que está revestido es su único crimen y su sentencia de muerte, cuando el cadalso levantado le anuncia el destino que le espera, y no teniendo ya más que apurar sino el fondo de su cáliz, busca allá en su memoria un nombre amigo, y se despierta en ella y se presenta á él el mio, y me llama en su auxilio y reclama mi apoyo; cuando una casualidad prodigiosa, que sólo puede dimanar de Dios, hace que llegue hasta mí el clamor del mártir, ¿podía yo, siendo hombre, dejar de acudir á su llamamiento? ¿Dejarle morir sin que escuchara una voz amiga? ¡No nó; habría sido perjuro, ingrato ó vill! ¿Cómo habria podido borrar de mí tan fea mancha? ¡Laurencia misma me hubiera aconsejado el sacrificio de mi corazón!

.....

¡Oh divino encadenamiento de las cosas terrenales! ¡De qué medios tan sencillos se vale Dios para

dirigir el destino, en que la mirada de los mortales no ve más que casualidades y prodigios!

.....

Durante el invierno, un pobre saboyano baja de sus montañas y sirve en la cárcel, lleva agua, parte leña; para contentar á los rígidos carceleros, desempeña las faenas más rudas que son de incumbencia de estos, y cuando ha hecho la sopa de los presos, váse, satisfecho de sí mismo, á dormir en su desvan. Este hombre es sobrino del único pastor que conoce el misterio profundo de la cueva en que nos ocultamos. Sube á su aldea y dice al viejo pastor que el obispo está preso y que se le va á juzgar; que él le vé á menudo, y que su mano cargada de cadenas se posa todos los días sobre su cabeza inclinada para bendecirle; que espera con ánimo sereno la corona del martirio, cual justo que ve con el corazón la eternidad; que no pide á sus verdugos una hora más de vida, sino tan sólo que le otorguen la merced de volver á ver antes de morir á uno de sus hijos á quien debía imponer su mano las sagradas órdenes, por tener un secreto divino que confiarle, y que llama á menudo con acento lleno de ternura al más joven de ellos, á Jocelyn. ¡Oh! Si este pudiera oírle.... ¡Oh! ¡Este al ménos no dejaría que subiera las gradas del patíbulo sin una mano en que apoyarse!

.....

El pastor, al oír mi nombre, cree que Dios le or-

dena revelar el paradero del hijo á quien llama el obispo, y dice dónde está situada la gruta á la que él mismo me ha conducido. Aquellos dos hombres de bien suben á ella de noche; para atravesar el barranco por donde el torrente se desborda, echan una cuerda á la orilla opuesta sujetándola á un tronco; se acercan; oigo el rumor de sus pesados pasos: Laurencia, que estaba durmiendo, no me ve salir.

Los pastores me transmiten en pocas palabras su sagrado mensaje, y al punto se entabla en mi interior una terrible lucha: el amor pugna en mi ánimo con la abnegacion; pero la muerte no aguarda; ruégoles que esperen un momento; vuelvo á la gruta, arranco una hoja del libro de oraciones de Laurencia, y trazo en ella estas palabras: «¡Duerme en paz, amor mio: no estaré más que un día ausente de tí!» En seguida pongo con temblorosa mano á la cabecera de su lecho aquel papel empapado en mi llanto. ¡Ah! ¡No puedo pensar sin estremecerme en el terrible efecto que le producirá al despertar!

Contemplo un momento aquella frente dormida y pura: siento que se me parte el corazon al ver la apacible sonrisa que la engaña en su sueño mientras yo me encamino al martirio. ¡Si la despertase, no tendria valor para marcharme!

Oigo resonar los pasos del guia impaciente, me hincó de rodillas al pié de aquella cama, aplico á sus plantas mi frente, mis ojos, mi boca; invoco en mi co-

razon á todos los ángeles del Señor rogándoles que custodien al ángel dormido en aquel sitio; le bendigo con la mirada, con mis lágrimas, con el ademán: al fin mis piés logran desprenderse de aquel suelo donde queda mi corazon, y los pastores me arrastran léjos de la gruta: bajo en pos de ellos por la nudosa escala; llegados á la desierta cabaña, trueco con el pastor mis ropas usadas por un capote blanquizco, me calzo zapatos de gruesos clavos; mis largos cabellos que caen sobre mis hombros, mi rostro curtido, mis dedos grieteados por el frio, me dan el aspecto de un jóven montañés, y disfrazado de tal suerte desciendo por los caseríos pasando desapercibido de los transeuntes: mi guia me conduce por la ciudad, me aloja en su albergue como á un compañero suyo, y penetrando con él en la prision, debo echarme hoy á las plantas del santo mártir.

.....

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Hospital de Grenoble, 5 de Agosto de 1795, por la noche.

¿Dónde estoy? ¿Dónde me sepultaré? ¿Dónde podré distraer mi mente?... ¡Oh Señor! ¡Perdonad á esta alma insensata! ¡Pero no, no; descargad el peso de vuestro enojo sobre este corazon vacilante, agitado, que no ha sabido distinguir entre el crimen y la vir-

tud, y que, en los accesos de una noche de delirio, no sabe ya si el cielo le detesta ó le admira!

.....

Sí, me aborrezco: ¡oh! ¡ocultadme donde yo mismo no me vea! ¡El obispo!.... ¡Me bendijo!.... Pero ¿y tú, y tú, Laurencia? ¡Asesino y verdadero apóstol á la vez, he salvado con una mano matando con la otra!

.....

Pero ¿dónde estoy? ¿á qué sitio me han traído moribundo? Todo lo que veo es extraño y nuevo para mí: ¿este no es el albergue del pobre montañés! ¿Qué significan estas camas, cuya numerosa fila se prolonga en la sombra y corresponde con la mía? ¿Qué significa ese emblema del cristiano puesto en el techo? ¿Qué esos velos blancos, esas mujeres ó esas sombras que se cruzan silenciosas por esos oscuros corredores, entreabren las cortinas, y se inclinan sobre los lechos, cual jóven madre sobre la cabecera de la cama de su hijo? ¡Oh! A la dudosa claridad de sus lámparas, columbro la maravilla de la caridad, esos albergues del pobre donde se bendicen sus pasos, esos refugios de Dios, esos lechos de los que carecen de él, esas esposas de Jesucristo á la cabecera de las miserias, madres de todos los hijos y hermanas de todos los hermanos!

.....

En el mismo sitio, 6 de Agosto de 1795, por la mañana.

¿Qué ha ocurrido en el mundo en un solo día? ¿Cómo es que estoy aquí conocido por mi nombre? ¿De qué procede ese respeto, esos cuidados que me prodigan, esas demostraciones de dicha que veo en sus miradas? ¡Dicen que París ha dado muerte al tirano, que por fin ha terminado en Francia este largo año de matanza, que los calabozos vaciados se abren en todas partes por sí mismos, que se restablece en los templos el emblema de Dios, que la muchedumbre ha hecho pedazos sus instrumentos de muerte y lleva al pié de los altares su júbilo ó sus remordimientos; que el asesinato de ayer fué el último suplicio, que me han traído aquí desde el lugar del sacrificio empapado en la sangre del mártir, moribundo, sin oír resonar en mi pos á través de mil clamores el grito de libertad que parecia resucitar á la Francia en su tumba, y que el carcelero, al abrir la prision, ha revelado mi nombre á las hermanas del hospital!....

.....

En el mismo sitio, igual fecha, por la noche.

Todo duerme..... á la cabecera de mi lecho vela una santa mujer..... mi mente comienza á iluminarse; recojámonos, alma mía! El sueño huye de mis ojos:

mis pasos quisieran encaminarse á donde está siempre mi corazón, pero no tengo todavía fuerza para darlos; aguardaré á la aurora de mañana. Estas hermanas no se opondrán á que me levante para correr... á donde tiemblo llegar, ¡oh Dios mío! ¡Oh! En este insomnio perpetuo y abrasador, acuden á mi mente cual vago y lejano recuerdo las escenas de la víspera y de mi agonía, como hilos rotos que procuro reunir, y que se reanudan atropelladamente en mi imaginación; ante mis ojos se despliega el espectáculo ofrecido por mí mismo, y al fin me comprendo, me siento, me veo y vivo por segunda vez en ese terrible día!

.

.

El tribunal popular, en su saña, había votado la muerte del obispo cautivo; y yo oía al pasar los sordos martillazos que clavaban durante la noche las tablas del cadalso. Entré en la prisión: la bajada por aquellas escuetas escaleras era larga y sus peldaños estaban húmedos; al resbalar por ellos los pies, entre el glacial y brumoso ambiente, parecían pegarse en sangre; bajo aquellas bóvedas creía percibir olor como de lágrimas, figurábame que de aquellos muros brotaban anchas gotas de sudor y que en ellos estaban retratadas las angustias del hombre: cada piedra exhalaba allí prolongados gemidos. Hubiérase dicho que aquellas paredes, aquellas heladas ge-

monías, sudaban sus angustias como condenados.

En lo más profundo de aquel tenebroso embudo había un negro corredor en el que estaba el horrible calabozo, agujero abierto en la roca, excepto la angosta puerta cuyos pesados goznes sellaban la reja baja y robusta. El carcelero descorrió los cerrojos y la puerta giró rechinando: la sombra palideció á la luz de la linterna que difundió por las paredes una claridad lívida y macilenta, y entónces divisé al anciano que, deslumbrado por ella, miraba sin ver desde el fondo de su mazmorra: aquel tenue resplandor, concentrado en su rostro, hacia que éste se destacase sobre la oscura pared, como si una aureola santa hubiera iluminado su frente, para borrar la afrenta de su prisión.

Sus cadenas, remachadas en el muro, le abrumbaban con su grave peso, haciendo que pareciera de ménos estatura; al través de los jirones de sus hábitos asomaban sus enflaquecidos miembros; con una mano sujetaba alrededor de su cintura la mísera manta de los pobres prisioneros, y con la otra sostenía el enorme haz de hierros que pendía en eslabones de sus brazos desnudos; sus pies descalzos, ó con un resto de sandalias, estaban amoratados de frío y temblaban sobre las baldosas; un monton de paja húmeda corroida por las orillas, en la cual se veía aún la impresion de su cuerpo, una escudilla de madera para recibir la sopa, una gota de vino en el

fondo de una copa, eran todo el mueblaje de su palacio de lodo, lecho, bebida, vasija y alimento; pero las enjutas facciones de su pálido rostro, sus cabellos escasos, sucios, blanqueados por los años, que á modo de corona ceñían su frente casi calva ó caían ensortijados sobre sus huesosos hombros, su barba, sin cortar há más de un año, diseminada cual espuma por los cóncavos hoyos de sus mejillas, sus ojos hundidos, rodeados de un azulado círculo, que brillaban como ascuas en su órbita oscura, su mirada, debilitada por aquella sombra eterna, buscándonos sin vernos desde el fondo de su pupila; la energía, retratada en sus espesas cejas, la apacible sonrisa de sus entreabiertos labios; la resignación en medio de la agonía, impresa en sus facciones llenas de santa conformidad, la humanidad vencida y sujeta á la fé, ¡todo resplandecía en él!... ¡Y creí estar en presencia de uno de esos campeones de las nuevas verdades á quienes los ángeles del Señor servían y cobijaban bajo sus alas y que, nutridos ya con el oculto pan de los fuertes, se regocijaban ante el suplicio y vivían de su muerte!

Deslumbrado al entrar por aquella frente radiante de claridad, caí temblando de rodillas sobre las losas, como si alguna mano me hubiese obligado á prosternarme y sin atreverme á avanzar ni á retroceder. El carcelero le dijo:

«¡Dios os depare una santa noche! He cumplido mi

promesa: aquí teneis á ese jóven.» Y así diciendo, dejó á mis piés la linterna, y salió cerrando trás sí la pesada y retumbante puerta.

«¿Sois vos, hijo mio? ¡Venid, que yo os vea! ¡Oh! Tenga yo al ménos en mi hora postrera la inmensa satisfacción de estrechar contra mi pecho á un hijo de Jesucristo, á un hermano en mi fé, nutrido en las mismas ideas. ¡Bendito seais, Dios mio, cuya bondad infinita me tenia reservado en secreto este don para la hora de mi agonía! He apurado hasta el fondo mi cáliz de hiel, pero en su gota postrera se saborea ya el cielo!—Hijo mio, voy á morir: mi aurora eterna va á brotar muy en breve del seno de mi última noche. Mañana entonaré el Hosanna triunfante: hoy todavía soy hombre y pecador: y por eso, hijo mio, antes de entrar en el *Sancta Sanctorum*, necesito lavar mi alma en las puras aguas de un sacerdote; encargado del santo rebaño para santificarle; debo hacerle entrega, al partir, de mi divino redil; no puedo depositar mas que en su mano sagrada las llaves del Santo de los santos, cuya entrada custodiaba yo; al morir, sólo de él puedo recibir el perdón que yo tenía la facultad de otorgar y que hoy imploro. Pero cuantos están dotados de esa facultad divina vagan errantes por la tierra, fugitivos ó proscritos: el destierro, la cárcel ó la mortal cuchilla no respetan á ninguno de los que subían al altar; sólo quedais vosotros, jóvenes levitas, que todavía no teneis ligadas

vuestras manos benditas! Yo pedí al cielo de rodillas que me enviara uno de vosotros: Dios me inspiró, hijo mio, y pensé en vos! ¡Oh! Cómo presentia mi corazón el vuestro desde aquí! Tenia la seguridad de que vos, fiel al deber del apóstol, acudiríais á la prisión, al cadalso, seducido por el martirio y hasta ganso de morir, y de que cuanto más lleno viérais mi cáliz del horror del suplicio, con mayor afán os prestaríais á beberlo...»

Yo permanecía silencioso, apenas le oía, é inclinaba mi rostro avergonzado y confuso.

«Debo explicarme mejor? repuso: ¡Dios necesita un santo sacerdote; vos lo sereis, hijo mio! ¡La Providencia y yo os hemos designado para consumir aquí un doble holocausto: voy á consagraros al borde de mi tumba: bajad la cabeza, hijo mio, para recibir en ella la sagrada unción; y cuando el santo Espíritu haya penetrado en vos, yo, moribundo pecador, me postraré á vuestras plantas y recibiré de vuestra mano en el santo sacrificio, el pan del viático y el vino del martirio. Recibid, pues, de manos del mártir el augusto sacramento; morid para que Dios viva!....

—¡Un momento, padre mio, le dije apartando de mi frente el signo sagrado, esperad y temblad: soy indigno de él! ¡Mi alma pertenece á mi Dios, mi sangre á mi fé, pero mis dias profanados no son ya míos, y Dios no puede exigir que yo le sacrifique dos muertes en una muerte, dos corazones en una vida!»

Sus ojos sondearon los míos, y anublóse su frente. Entónces, con balbuciente voz, le tracé la historia de los dos años pasados léjos de él, de mi fuga, de aquel niño conducido por Dios á mi desierto, de su triste abandono, de mi tierna compasión, de ese amor largo tiempo incubado bajo las alas de la amistad, de aquel traje falaz que, ocultando las formas de la mujer, acostumbraban mi alma á la seducción: de ese secreto fatal descubierto harto tarde, de nuestros mútuos juramentos, de mi furtiva salida, de su muerte que seguiria pronta é irremediabilmente á la mia, si arrancara de tal suerte mi mano de la suya, y si aún teniendo por premio el cielo, llegase yo á engañar á ese corazón que más valdria traspasar de una puñalada.

Guardé silencio, y me pareció advertir en sus facciones indignadas, ora el horror, ora una sonrisa desdenosa.

«En efecto, hijo mio; hé ahí un gran secreto del que se reiria cualquiera que no fuese un padre; ved qué vergonzoso y ridículo lazo os tendia el espíritu del mal para encaminar vuestros pasos al sacrilegio. ¡Insensato! ¡Benedicid la casualidad de mi muerte, que os alcanza al borde del abismo impidiendo que os precipiteis en él! ¡Cuán bien conocia el espíritu tentador, pronto á guiaros á esa sima, el corazón que se proponia seducir! Cuando se reconoce impotente para arrastrar al crimen á nuestros elegidos, también los

induce á él, hijo mio, valiéndose de sus virtudes. ¡Ah! Destruid sus asechanzas y enrojeced de vergüenza! ¡Pues qué! Ese sueño de un alma sobrado pronta á inflamarse por una criatura que el azar ha atravesado en vuestro camino, esa agitacion de un corazon puro que no se conoce á sí mismo; esa amistad preludio de un peligroso amor, fruto nocivo de la soledad y del ocio, esos arrebatos, esos suspiros, esos apretones de manos que el viento de la vida se llevará mañana; esos juegos de dos niños, exentos de la vigilancia materna, que toman por amor sus candidas quimeras, ridícula puerilidad del corazon y de los sentidos, ¿eso no más bastaría para sobreponerse en vuestro corazon á la voluntad del cielo? ¿Y por ese aliciente, por causa tan fútil, os negariais á pronunciar el voto que esta época os impone? ¿Dejariais mi muerte sin auxilio, sin que pudiera despedirme de la vida, el templo sin ministro y el mundo sin Dios? Jamás hubiera creído que en estos días siniestros en que se riegan los altares con la sangre de sus ministros, en que cada uno de ellos se lanza como yo desde el fondo de los calabozos al cadalso por confesar su fé, en que el universo admira horrorizado la sangrienta batalla entre el juez y el mártir, ansioso de saber hácia qué lado inclinará su corazon, y quién resultará vencedor, si los verdugos ó nosotros; jamás hubiera creído que uno de los soldados de la Iglesia, luz y ejemplo en otra de sus época condiscípulos,

negándose á acudir con su ayuda al gran combate trabado en defensa de Dios, entregara su alma afeeminada á insensatos amores, y ofreciese sacrificios al Dios de extrañas mujeres al pié de los cadalsos donde perecian sus hermanos, pensando bajo qué escombros de los templos del Sér Supremo iria á ocultar su lecho juntamente con su deshonor!

—¡Oh padre mio, piedad! ¡Qué palabra osais pronunciar! ¡Dios sabe si mi corazon ha temblado ante la idea del martirio! ¡Dios sabe si para llegar hasta vos he vacilado en arrostrar esa muerte de la que me envanecería! pero vos, deslumbrado por vuestro celo y ménos hombre que apóstol, juzgais de nuestros corazones por el vuestro: creéis que si mi corazon triunfara del amor, tan sólo arrancaría un grato ensueño del seno de esa doncella; que el suyo me olvidaría, que yo mismo podría consagrar á los altares todo el amor que por ella siento; que absuelto por vuestra mano de un perjurio inocente, podría ahogar su recuerdo en lágrimas ó sangre; que este afecto arraigado en el corazon, esta doble existencia, es grata ilusion de un año; que ese rayo que nos hizo brotar á la vida al mismo tiempo, podría disiparse cual nocturno ensueño. ¡Ah! Conoced mejor el amor del hombre y de la mujer; este amor reúne sus dos existencias en una sola trama, y aunque culpable, sobreviviría á la vergüenza, al remordimiento, más vivo que la vida y más fuerte que la muerte!

—¡Silencio! exclamó: estais profanando esta hora solemne, estos momentos que son todos del cielo y para el cielo, estas cadenas, esta mansion en la que un indigno mártir del Dios tres veces puro jamás hubiera debido escuchar semejantes palabras. ¡Gran Dios! ¡Hablar de amor bajo estas mudas sombras! ¡Insensato, reparad en dónde estais! ¡Ved en los calabozos esos miembros enflaquecidos, esos brazos levantados al cielo y lacerados por las cadenas, ese lecho en que la Iglesia espira y siente entre sueños el beso del Esposo en el filo de una cuchilla; este sepulcro de los muertos habitado por la vida y que jamás se abre sino para la eternidad: estos hierros cuyos anillos enmohecidos en nuestros miembros han remachado á Jesucristo á cada uno de sus pastores, y ese pan de amargura, y ese vaso de hiel, delicioso banquete de estas celestiales bodas! Y aquí, delante de estos têtigos del suplicio, ante este moribundo que se encamina al cadalso, ¿osais hablar de esos amores mortales, vos, destinado de antemano á nuestros dichosos altares, vos, á quien su sagrado luto, la sangre que hoy los enrojece os consagraban á ellos con vínculos mucho más fuertes? ¡Ah! ¡Cómo aumenta esta amargura la agonía de mi muerte! ¿Vos, vos traidor? ¡No, no; es imposible! Vos no manillareis una vida tan casta, no arrojareis á mi frente ese lodo, no dareis ese vinagre en vez de agua al anciano que pide una gota al verdugo! ¡No permitiréis



ES EL MISMO CRUCIFIJO QUE MI MADRE APLICÓ Á LOS LABIOS DE MI PADRE EN SU AGONÍA.

que parta de este mundo el alma de vuestro padre sin llevar consigo el perdon que espera, sin haber oido ántes la palabra de paz y de despedida de un ministro del Altísimo!

» ¡Ah! ¡Cuánto he suplicado al divino Maestro que llegara esta hora! ¡Cuánto he suspirado por que un justo, un santo sacerdote, me recibiera, cual Dios, á sus piés, y me dijese antes de morir: «Vivid, yo os absuelvo!» ¡porque ofreciese por mí en la víspera del suplicio esa copa de sangre, ese fruto del sacrificio que mis dedos mutilados no pueden sostener ya, y me bendijera ese pan que yo no me atrevo á bendecir! Y cuando el ángel, atendiendo mi último ruego, os trae del cielo al padre que os implora; cuando para divinizar esta hora de la muerte, sólo necesito una palabra, ¿os negais á pronunciarla? ¡Oh, hijo mio! ¡En nombre de estas lágrimas postreras que caen de mis párpados sobre vuestras manos filiales, en nombre de estos cabellos encanecidos en los calabozos, de estos miembros prometidos mañana á los cadalsos; en nombre de los tiernos cuidados que me he tomado por vuestra alma; en nombre de vuestra madre ¡en nombre de esa mujer que si pudiera veros aquí con sus virginales ojos os incitaría con el ademán y con el corazón á cumplir vuestro deber y que, hija de Jesucristo, no querría sin duda comprar vuestra vida al precio que ella os cuesta, desgarrada la venda que cubre vuestros ojos; decid esa palabra,